

LA CIUDAD DE MEXICO
EN LA INDEPENDENCIA



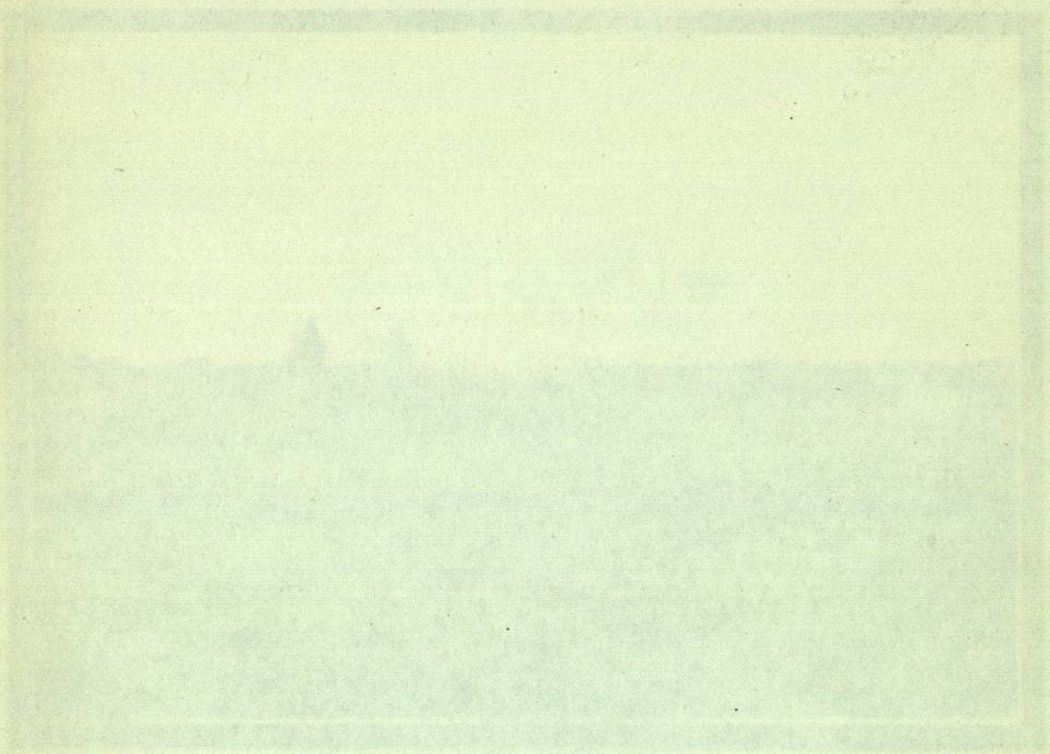
1386
58

F 1386

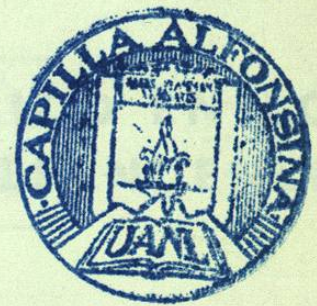
C58



1020004305



LA CIUDAD DE MEXICO
ALBORES DE LA INDEPENDENCIA

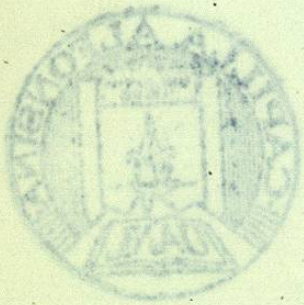


106301

*Tela azul
apilados*



—
✓ **LA CIUDAD DE MEXICO EN LOS
ALBORES DE LA INDEPENDENCIA**
—



1020004555

102001

A PROPOSITO DE ESTA EXPOSICIÓN

Inicialmente se pensó en ilustrar esta exposición con pinturas y objetos de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Desgraciadamente esas y éstos son raros y no abundan. Limitarla a ellos hubiera sido restringir la visión de la ciudad de México en la época de su mayor esplendor. Así pues, se decidió ilustrarla con litografías, grabados y pinturas que aunque de fecha posterior a los albores de la Independencia, en cambio, dan una idea más cabal de lo que fue la ciudad que coronaban torres y cúpulas y que envolvía el aire limpio de lagos y bosques cercanos.

El dibujo que en 1827 hizo la señora Ward, esposa del primer Encargado de Negocios que Inglaterra enviaba a la naciente República Mexicana, es clara y hermosa ilustración del aspecto de una calle, la de Ribera de S. Cosme, y de la ciudad en general. Débese este hallazgo a la gentileza de don Martin Kiek, que tan profunda afición siente por nuestra ciudad, y quien nos ha permitido exhibirlo junto con otros grabados y litografías de su propiedad.

De ninguna manera la exposición pretende ser exhaustiva, pues ha sido nuestro único propósito señalar una vez más la dignidad urbana de la antigua ciudad que puede rescatarse aún en buena medida.

Para reunir los objetos que componen esta exposición, hemos contado con la valiosa e insustituible colaboración de instituciones y personas amigas a quienes expresamos nuestro agradecimiento y que son:

BANCO DE MÉXICO, S. A.

BANCO NACIONAL DE MÉXICO, S. A.

DRA. CLEMENTINA DÍAZ DE OVANDO DE BERKE

SRA. DA. CARMEN DÍAZ DE TURRENT

LIC. D. CARLOS DE OVANDO

SRA. DA. DOLORES DEL RÍO

EMBAJADA DE LA GRAN BRETAÑA

ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS

GALERÍAS MESTRE

ARQ. D. MANUEL GONZÁLEZ GALVAN

SR. D. MARTIN KIEK

SRA. DA. MARITA MARTÍNEZ DEL RIO DE REDO

SRA. DA. CARMEN PÉREZ DE SALAZAR DE DE OVANDO

LIC. D. GONZALO PÉREZ SALAZAR

SR. D. DIEGO REDO





FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

ASÍ ERA LA CIUDAD DE MEXICO

Por Elisa Vargas Lugo de Bosch

"No blasonen los Argivos las grandezas de la antigua Memphis, no los Thebanos la soberbie opulencia de la noble Thebas, ni los Romanos las magnificencias de la celeberrima Roma, pues si cada una de estas hermosísimas ciudades fue un assombro de los pasados tiempos por su riqueza, magnificencia y hermosura, *la noble, Imperial Ciudad de México parece que hace competencia a todas estas Metrópolis* en su situación, grandeza, edificios, fertilidad, abastos e imponderables abundancias. Su plan es el más hermoso que se pueda discurrir ni imaginar. Está situada en un bellísimo valle, cuya circunferencia es un *abreviado diseño del Parayso*, porque la circundan tras hermosísimos lagos cuya extensión y capacidad es un remedo del celebrado Nilo, aunque de mexores, más tersas y cristalinas aguas, por ellas pudieron navegar crecido número de bergantines, como de facto navegaron a industria del español Martín López de Ossorio, quando se conquistó, y *actualmente navegan más de diez mil canoas*. La primera laguna es la de Tezcucu, que tendrá como catorce leguas de circunferencia, y sus aguas son tan rápidas que parecen muchas canoas en su golfo. La segunda es la de Chalco que es poco menor que la de Tezcucu y no tiene, en su navegación, el peligro de la antecedente. La tercera es la de San Christóbal que es más pequeña, cuyas cristalinas aguas, se introduzen por un canal hasta el centro mismo de la plaza de la Ciudad,..."

"Son sus calles tan derechas que por una y otra parte se descubren los horizontes, hazen su quadratura en forma de Cruz y haze el cuadro una perfecta ysleta. Tiene cada cuadra de longitud, doscientas y cincuenta; la amplitud de sus calles es de dieciséis varas castellanas de frente a frente, dando capacidad para que por cada una de ellas puedan rodar tres coches sin estorbar el *numeroso concurso de gentes que las trafica a pié y caballo*. Están empedradas todas de guija y las orillas de las paredes de una y otra acera enlozadas vara y media, con que ofrecen grande comodidad al tráfgo de los que las andan.

Son sus edificios magníficos y opulentos, sus casas bastante amplias, hermosas y cómodas. Todas tienen patios y terrados o azoteas, entre ellas hay muchas con jardines, huertas, paxareras y fuentes de agua, siendo su fábrica de una piedra al modo de panal o esponja, rubia, tan porosa y ligera, que pesa poco más que la piedra pómez, y hace tal unión con la mezcla, que se vuelven las paredes de una pieza, siendo sus molduras de puertas, basas y cornizas de una piedra blanca de color de ceniza que les hace sobresalir sobre el fondo rubio del masiso de las paredes.

Tiene cinco amplias deliciosas Plazas, a más de veintitres plazuelas..."

Así era la Ciudad de México cuando vivió en ella el bachiller don Juan de Viera y aunque muchas de sus descripciones nos parezcan ahora hiperbólicas, no cabe duda que la capital de nuestro país fue durante esa época una de las ciudades más hermosas del continente y por ende del orbe. Su situación entre los lagos, el paisaje arbolado y montañoso que la rodeaba y su rica, uniforme y armoniosa arquitectura de tezontle y cantera, deben haber formado un conjunto urbano único y de primer orden. En ninguna otra parte se combinó con tal elegancia el rojo tezontle con la chiluca gris para producir una arquitectura barroca tan bella y diferenciada, que en gran parte subsistió hasta mediados del siglo pasado y que desgraciadamente en los tiempos modernos ha sido menospreciada y destruída.

El siglo XVIII fue la etapa de mayor florecimiento de la Nueva España en casi todos los órdenes de la vida. El hombre novohispano era ya para entonces un gran señor con cultura, costumbres y gustos propios. Las minas, la agricultura, la fabricación de textiles y el comercio se encontraban en su momento más próspero. La aristocracia, la burguesía y el pueblo, unidos por la fe, contribuyeron con entusiasmo al esplendor de las obras arquitectónicas y artísticas en general, tanto civiles como religiosas, derrochando, ilimitadamente -por devoción por vanidad y por gusto- en cientos de obras de arte. El estilo barroco que resultó tan apropiado a la joven sensibilidad novohispana invadió todos los campos de la expresión, de tal manera que podemos decir que el siglo XVIII mexicana fue uno de los momentos más importantes del barroco en general.

Iglesias, portadas, altares, palacios, casas, fuentes, muebles, trajes, joyas, comidas y ceremonias, todo se vió informado por este gran estilo, que dejó en esta ciudad muchos de los más bellos y valiosos monumentos que forman nuestro patrimonio artístico, tales como el Sagrario Metropolitano, el Palacio de Iturbide, el Palacio de Heras y Soto, las plazas de Santo Domingo y la Soledad, los retablos de los Reyes y del Perdón en la Catedral, etc., etc.

En 1785 se abrió en la ciudad de México la Real Academia de las Bellas Artes de San Carlos, que implantó el arte neoclásico, el cual puede considerarse como la antítesis del barroco. Así los últimos años del XVIII y los primeros del XIX fueron de lucha artística por que si bien el neoclásico hizo escuela y construyó algunos importantísimos monumentos como el Palacio de Minería y la escultura escuete de Carlos IV, no se pudo -por más que se luchó- desterrar totalmente al arte barroco, el cual, profundamente arraigado en la sensibilidad novohispana "contaminó" varias veces la pureza de las formas neoclásicas de algunas obras, como las torres de la Catedral o el retablo mayor del templo de San Francisco (obra de los últimos años apegada al proyecto original). De hecho el espíritu barroco siguió dominante en el aspecto urbano de la ciudad, (el cual comenzó a transformarse a partir de las Leyes de Reforma) la cual continuó siendo por casi medio siglo más un gran arcón de joyas barrocas entre las que sobresalían algunas neoclásicas. Es decir que la ciudad dieciochesca con el exuberante esplendor que la registra don Juan de Viera en su crónica fue el teatro de los albores políticos del movimiento de Independencia y el regio escenario del triunfo de la misma en 1821.

Para fortuna nuestra, esa sin par riqueza y armonía urbanística que un día tuvo nuestra hoy grande, fea y deshumanizada ciudad de México, fue immortalizada por numerosas litografías hechas el siglo pasado por un grupo de artistas extranjeros quienes por curiosidad científica o aventurera llegaron a tierras mexicanas apenas estas habían sido liberadas del dominio español. Gracias a estos preciosos y precisos documentos a su limpio y acucioso academismo, podemos tener hoy en día una idea de la belleza urbana que ha perdido México y que consideramos una obligación patriótica rescatar de la ruina y el abandono hasta donde sea posible.

1020004305



Bernal Díaz del Castillo nos dejó escrito de la capital de los aztecas que "era la cosa más hermosa que ojos humanos hayan visto".

La gran ciudad fue destruída palmo a palmo durante el sitio de Tenochtitlán y la tarea se consumó después de que Cuauhtémoc quedó prisionero. Pero a partir de 1521, y después de que Hernán Cortés decidió en un gesto -que todavía le reprochan los mejores urbanistas- construir la nueva gran ciudad española precisamente sobre las ruinas todavía humeantes de la capital azteca, millares de indios del Valle de México y de los señoríos inmediatos, dirigidos por los alarifes españoles, empezaron a levantar los muros de la nueva gran ciudad europea, de acuerdo con la traza que delineó Alfonso García Bravo, el "Muy buen jumétrico"

El adobe, el tezontle y la noble cantera gris extraída de los lagos de lava que hace miles de años arrojaron sobre el Valle sus volcanes gigantescos, vinieron a servir de materiales básicos a la gran urbe que ya don Miguel de Cervantes Saavedra llama en una de las páginas de "El Quijote" "la Venecia del Nuevo Mundo" recordando que México Tenochtitlán de la Nueva España continuaba siendo la Señora de los lagos del Anáhuac.

A partir de la tercera década siglo XVI, el hombre hispánico inició aquí la construcción de la nueva capital, contando con el esfuerzo de millares y millares de trabajadores indios. Consciente de su fuerza y de su rango imperial, edificó sobre las dos islas que emergían del Lago de Texcoco -México y Tlatelolco-, con una amplitud, un señorío y una nobleza, que los hombres de habla española no han logrado alcanzar hasta hoy en ninguna región del mundo.

Por eso, a partir del siglo XVI, México alcanzó su rango de máxima realización hispánica en América.

La ciudad fue trazada a cordel. Y pocos años después de la conquista uno de los españoles de aquel tiempo señalaba que, "las calles son anchas y extensas formadas con hermosas y magníficas casa de mezcla y ladrillo, todas de la misma altura, salvo algunas que tienen torres, y por esta igualdad parecen mucho mejor que las demás" Y, hablando de las cuatrocientas casas principales que los españoles tenían en el centro de la ciudad dice: "Ninguna ciudad de España las tiene por tan gran trecho mejores ni más grandes, y todas son casas fuertes, por ser labradas, de calicanto".

La ciudad volvió a señorear sobre las lagunas. El clima era todavía la "primavera inmortal" de que nos habla Bernardo de Balbuena, El lago de Texcoco no había sido desecado, como ocurrió a partir de 1912, por un tonto que se apellidaba Urquidi. Y la capital de Nueva España era bañada por templado y fresco viento, cada vez que sobre sus anchas calles, trazadas a cordel, soplaban "el Texcoco".

Todos los viajeros que la visitaron en aquellos siglos virreinales nos hablan de la grandeza de sus edificios, de los centenares de torres que dentro de ella levantaba la piedad, nos hablan también de la compostura, "del apacible modo", "de la cortesía" y de la "suavidad de sus pobladores". Cervantes de Salazar en sus Diálogos alaba a la capital que en el Siglo XVI "no tenía arrabales, y toda ella era bella y famosa".

Aluden también a la inteligencia de sus habitantes, afilada por el aire fino de la tierra. Esta ciudad de México, bastión hispánico en la América Septentrional, era una muestra clara de España lo mejor, de Filipinas la Nata" como lo dejó dicho Bernardo de Balbuena.

A pesar de la poca simpatía que las cosas de México le inspiraban, el fraile regalón Tomás Gage señaló en 1625 que "no hay calle en ciudad alguna de la cristiandad que se acerque a las de México en limpieza y aseo, y mucho menos en la opulencia de las tiendas que las adornan. Sobre todo las platerías, -decía-, son dignas de admiración por las grandes riquezas y exquisitas obras que en ellas se ven".

Gage, amigo y consejero de Oliverio Cromwell, afirmó también: "Es refrán en el país que en México se hallan cuatro cosas hermosas, las mujeres, los vestidos, los caballos y las calles". Podría añadirse la quinta, -agrega-, que serían los trenes de la nobleza que son mucho más espléndidos y costosos que los de la Corte de Madrid y de todos los otros reinos de Europa, porque no se perdonan para enriquecerlos ni el oro, ni la plata ni las piedras preciosas, ni las exquisitas sedas de China".

Quizás como un resultado de la magnífica obra de urbanista del Segundo Conde de Revilla Gigedo, el Barón de Humboldt, que visitó la ciudad de México en 1803, dice: "México debe contarse, sin duda alguna entre las más hermosas ciudades que los europeos han fundado en ambos hemisferios". Señala que las piedras de cantería, y tezontle y el pórfido "dan a las construcciones mexicanas un aire de solidez y aún de magnificencia". Señala que en México no se conocen aquellos balcones y corredores de madera "que desfiguran en ambas Indias todas las ciudades europeas", sino que las barandillas y rejas de las casas "son de hierro de Vizcaya y, sus ornatos, de bronce".

Consumada la Independencia en 1821, no tardó en cumplirse una de las más claras profecías del ilustre doctor José María Mora, cuando en una de las páginas del "México y sus Revoluciones" señaló que "era evidente que Francia vendría a dar el tono a la nueva sociedad mexicana".

A lo largo del siglo XIX, la más hermosa ciudad española del continente americano empezó a afrancesarse. Los mexicanos no tuvimos con esta urbe, noble leal, la piedad inteligente que los franceses supieron tener con las ciudades árabes de Marruecos. Allá la nueva y moderna ciudad francesa se ha construido fuera de la Medina árabe, y las reliquias de Rabat, Fez y Marrakesh se conservan íntegros y sin que su unidad arquitectónica haya sufrido violación.

Por desgracia, aquí empezaron a construirse dentro de la "medina española" casas francesas con techos de pizarra y manzardas inclinadas que esperan todavía la caída de las grandes nevadas que no son propias de nuestro clima.

Ya en este Siglo XX, la ciudad se ha derramado por encima del antigua traza. A la influencia francesa ha seguido el influjo norteamericano y han llegado también los edificios germanizantes de tipo funcional.

Las autoridades que gobiernan la ciudad desafían cada día graves problemas de urbanismo. Hay que escoger entre la dolorosa obligación de ensanchar avenidas para dar paso al creciente tránsito contemporáneo y el respeto que merecen los testimonios del pasado ilustre de la ciudad.

La decisión no es fácil. Porque como lo ha dicho el famoso Cronista de la Ciudad de México don Artemio de Valle Arizpe, "el espíritu de una ciudad no está en cifras matemáticas, se halla en sus templos, se halla en sus casas, en sus calles y retorcidas callejuelas, en sus plazas de anchurosos ámbitos y en sus placitas recatadas, está en las tradiciones y leyendas que la envuelven. Suave encanto que sintieron con ellas nuestros padres y sintieron nuestros abuelos y de las que nosotros hemos alcanzado a aspirar su leve perfume que ya se está desleyendo".

Bajo los Presidentes Ruiz Cortines y López Mateos, el mexicano empieza a sentir un justo orgullo por la grandeza, el vigor y el ímpetu de la ciudad capital de la República.

La miramos ya, -en su grandeza-, sin un sentimiento de culpa. Es verdad que crece más que las demás ciudades del país, pero su potencia formidable es un resultado del esfuerzo de todos.

La ciudad de México es símbolo y cumbre del país entero. Encierra dentro de sus muros, el más valioso tesoro arquitectónico que existe en la nación, en sentido absoluto y medido por unidad de superficie.

El respeto que las autoridades de la ciudad han mostrado y muestran a nuestros monumentos, permite esperar que ese valioso ejemplo se extienda a todas las grandes ciudades históricas del país que, con sus

edificios próceres son muestras magníficas de lo más entrañable del carácter mexicano, símbolos vivos de la capacidad constructora de los hombres de nuestro linaje.

En todos los ámbitos de México se levanta el mismo clamor: Esta gran nación puede modernizarse sin perder sus rasgos característicos.

Por fortuna, diversos grupos de ciudadanos empiezan a organizarse para auxiliar a las autoridades de la defensa de nuestros tesoros artísticos. De esta manera, la ciudad de México y las otras grandes ciudades históricas de nuestro país podrán sobrevivir muchos siglos más, para orgullo de los mexicanos y goce de los ojos de todo viajero inteligente que a nuestras tierras llegue.

La Sociedad Defensora del Tesoro Artístico de México, A. C., presenta dentro de los muros del Instituto Mexicano Norteamericano de Relaciones la Exposición *la Ciudad de México en los Albores de la Independencia* desde el Barón Alejandro Von Humboldt a Hardy y H.G.Ward. La exposición, integrada por dibujos, grabados, pinturas y litografías, unidos a diversos muebles del siglo XVIII y XIX se prolongará a lo largo de todo el mes de junio.

